

La verdad os hará libres (y II)

Por Federico Suárez

Continuación de servicio [anterior](#)

... ¿Con qué resultado?

Bien, al parecer nunca el hombre se ha sentido menos libre que en los tiempos que corren. Ha roto todos los lazos que le unían a Dios y le obligaban con él, pero se ha esclavizado hasta extremos repugnantes, hasta extremos tales como justificar el uso de las drogas como procedimiento de liberación, la perversión sexual como una ruptura de limitaciones y la trasgresión de las leyes de la naturaleza como una conquista del hombre. Se opone la autoridad a la libertad como si fueran dos contrarios incompatibles, se abomina de todo orden, de toda disciplina, como si el orden y la disciplina y la obediencia no pudieran ser el resultado de una libertad bien vivida, algo que se asume libremente, conscientemente, deliberadamente. Una mentira diabólica -el demonio es «mentiroso y padre de la mentira. No hay verdad en él»- empapa las mentes y las oscurece; es como una nube espesa que oculta la verdad, la desfigura, la entorpece, la suplanta.

En el fondo de esta nota característica de nuestro tiempo hay un orgullo malsano, ese tipo de orgullo que ha llevado a diagnosticar la muerte de Dios y la madurez de la humanidad. La humanidad ha alcanzado la madurez y ya no necesita un Padre. Pero tampoco esto es un adelanto, sino una regresión:

Se descubre también la ira de Dios, que descarga del cielo sobre toda la impiedad e injusticia de aquellos hombres que tienen aprisionada injustamente la verdad de Dios, puesto que ellos han reconocido claramente lo que se puede conocer de Dios. Porque Dios se ha manifestado. En efecto, las perfecciones invisibles de Dios, aun su eterno poder y su divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo por el conocimiento que de ellas nos dan sus criaturas; y así, tales hombres no tienen disculpa. Porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias; sino que devanearon en sus discursos y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas, y mientras que se jactaban de sabios, pasaron a ser unos necios, hasta llegar a transferir a un simulacro en imagen de hombre corruptible, y a figuras de aves y de bestias cuadrúpedas y de serpientes, el honor debido solamente a Dios incorruptible.

Por lo cual, Dios los abandonó a los deseos de su corazón, a los vicios de la impureza, en tanto grado que deshonraron ellos mismos sus propios cuerpos. Ellos, que habían colocado la mentira en lugar de la verdad de Dios, dando culto y sirviendo a las criaturas en lugar de adorar al Creador, el cual es bendito por todos los siglos, amén. Por eso los entregó Dios a pasiones infames. Pues sus mismas mujeres invirtieron el uso natural en el que es contrario a la naturaleza. Del mismo modo, también los varones, desechando el uso natural de la hembra, se abasaron en amores brutales de unos con otros, cometiendo torpezas nefandas varones con varones, y recibiendo en sí mismos la paga merecida de su obcecación. Pues como no quisieron reconocer a Dios, Dios los entregó a un réprobo sentido, de suerte que han hecho acciones indignas, quedando atestados de toda suerte de iniquidad, de malicia, de fornicación, de avaricia, de perversidad; llenos de envidia, homicidas, pendencieros, fraudulentos, malignos, chismosos, infamadores, enemigos de Dios, ultrajadores, soberbios, altaneros, inventores de vicios, desobedientes a sus padres, irracionales, desgarrados, desamorados, desleales, despiadados. Los cuales, en medio de haber conocido la justicia de Dios, no echaron de ver que los que hacen tales cosas son dignos de muerte; y no sólo los que las hacen, sino también los que aprueban a los que las hacen (Rom 1, 18-32).

Bien, quizá hoy no se pueda hablar con propiedad de imágenes de bestias cuadrúpedas, aves y serpientes adoradas por el hombre; quizá sean computadoras u otros logros humanos, acaso sus propias teorías sobre la vida y la muerte, y lo que hay después de la muerte. Pero el panorama no parece muy distinto en cuanto a todo lo demás. No es un signo esperanzador, sino un síntoma grave, que se haya considerado como un gran avance la formulación de los derechos humanos (precisamente al acabar una guerra en la que tantas muestras de inhumanidad se habían dado), tan olvidados o en desuso estaban. Y están, me parece a mí.

El mundo, si uno lee los periódicos, parece que lleva camino de convertirse en una verdadera jungla. Y el hombre de hoy, tan maduro y con una libertad absoluta, lleva camino de una degradación tal como jamás la conocieron los siglos, sólo que peor aún, porque antes Cristo, que es la Verdad, no había venido aún. Ahora, en cambio, se le desprecia como a Dios aun cuando sentimentalmente (¿o deliberadamente?) se le admire como hombre, como un buen hombre.

Sólo que el pensamiento del hombre, aunque pueda lograr muchas adhesiones, es impotente contra la realidad. Y la realidad es que Jesucristo es el Hijo de Dios, Dios verdadero, la Verdad total. «Pensemos lo que sería de nuestra libertad si existiese realmente una verdad, una sola verdad, que midiese todas las demás verdades y con cuya falta dejarían de ser verdaderas» (Singrid Undset). Esta verdad existe, y en una Verdad viva, y el hombre contemporáneo no la soporta. Esa Verdad es piedra angular y piedra de escándalo, pero la única que puede dar libertad al hombre porque le libera de su propio egoísmo. Pues un hombre no es propiamente libre cuando hace lo que quiere, sino cuando quiere lo que debe, puesto que la libertad no se refiere al hacer, sino al querer. Y hace falta que la voluntad esté muy libre de ataduras para aplicarse al deber que, a veces, no coincide con el gusto, ni con el capricho, ni con la comodidad, ni con el interés. Es esta calidad de la libertad la que da la medida de la hombría, porque un hombre que lo sea de verdad hace lo que tiene que hacer, con ganas o sin ellas, y además responde de sus actos, pues no hay libertad donde no existe responsabilidad. Ni un niño ni un demente pueden gozar de libertad, porque ninguno de los dos tiene capacidad para usar de la razón y por eso son irresponsables. Y no deja de ser sintomático que hoy en día, cuando en nombre de la libertad se rechaza toda verdad que no sea la verdad científica (pequeñas verdades que no afectan esencialmente al ser del hombre, aunque puedan destrozarlo o curarlo), las técnicas para eximirle de la responsabilidad de sus actos han llegado a una perfección insospechada.

Un hombre siempre es capaz de decir, en lo más íntimo de su ser, sí o no, quiero o no quiero, lo acepto o me rebelo, y eso aun cuando la coacción exterior sea extrema. Y puede hacerlo en virtud del libre albedrío que tiene todo hombre por el simple hecho de ser una criatura racional, hecho a imagen y semejanza de Dios. Pero *libertad*, propiamente libertad, sólo aquellos que están libres de la servidumbre del pecado la gozan. Personalmente creo mucho más en la libertad de un santo (pensad, por ejemplo, en Santa Teresa o San Francisco de Asís) capaz de conocer la voluntad de Dios -la verdad-, de querer hacerla y de hacerla a pesar de todo, que en la de cualquier sujeto que se llame libre por el mero hecho de no ser gobernado sino por impulsos ciegos, caprichos incoherentes o furiosos instintos.

Cuando un hombre no tiene otro vínculo que lo ate que su adhesión a Dios -la Suma Verdad-, ese hombre es el más libre de todos, porque participa de la verdad de Dios y «la verdad no está encadenada». Es el caso de los santos. Pero no hay cadena más pesada que la del hombre inexorablemente solo y sin arraigo, pues «la libertad se convierte en arbitrariedad o capricho cuando la verdad es rechazada, porque entonces el egocentrismo se convierte en norma». Creer que uno es libre porque rompe los mandamientos de Dios, o porque abofetea al prójimo si le apetece hacerlo, o porque embadurna la casa ajena (nunca la propia) para dejar constancia de su protesta, es muestra tan sólo de incapacidad y de mentira, es decir, de esclavitud. ¿O es que el lujurioso, el que se droga, el violento, se hace libre por el mero hecho de romper unas normas? ¿De qué se libera, si es posible saberlo?

Libertad es una palabra grande, una palabra que hoy goza de un prestigio mucho mayor que la palabra verdad; pero no se puede dar libertad sin verdad. Por eso nuestra época, que rechaza la verdad en nombre de la libertad, tampoco conoce lo que es ser auténticamente libre.

Nunca se ha pecado con más insolencia (siempre, claro está, en nombre de la libertad), pero nunca -- a no ser, quizá, en la época que describe San Pablo en su epístola a los romanos- se han sentido los hombres menos libres. Verdaderamente, el yugo que Dios impone es infinitamente más suave y ligero que el que los hombres nos imponemos a nosotros mismos en nombre de la libertad.

En último extremo, la realidad es lo que de verdad cuenta. Si se prescinde de ella, uno acaba estrellándose después de haberse debatido estérilmente. La aceptación voluntaria de lo que es, la humildad de someterse a la ordenación de Dios, de acoger la verdad con todas sus consecuencias, es el único camino para que el hombre se realice en la libertad. En otras palabras: rechazar a Cristo, cualquiera que sea la forma en que el hombre lo haga, es el mejor procedimiento para convertirse en esclavo de un duro amo, llámese éste ideología, pasión, impulso o lo que sea.

Si yo me atreviera a aconsejaros, os diría a aquellos de vosotros que habéis creído en El, que seguís creyendo en El, que perseveréis en su doctrina, pues entonces *conoceréis* la verdad, y la verdad os hará libres. Y si alguien tiene que transformar este mundo - cosa que, al parecer, os entusiasma-, esos serán los hombres capaces de creer en la verdad y, por ello, de ser verdaderamente libres.